

SERMON

PARA LA

FIESTA DE LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

SOBRE LOS CONSUELOS Y LA GLORIA DE LA MUERTE
DE MARÍA SANTÍSIMA.

Indica mihi quem diligit anima mea,
ubi pascas, ubi cubes in meridie.
¡Oh tú, querido de mi alma! dime dónde
está el lugar de tu descanso y de tus
pastos eternos.

CANT. 1. v. 7.

De este modo se explica el alma fiel en la tierra separada de su esposo, porque aun se le ocultan las nubes de su mortalidad, no hallando en el mundo cosa alguna que pueda consolar su amor en esta ausencia, sino la esperanza de que se ha de acabar presto; suspirando continuamente por aquel feliz instante que la ha de abrir el cielo y manifestarla el Esposo inmortal á quien ama, y haciendo de la tristeza y amarguras de su destierro el ejercicio de su amor

y el mérito de su fe y de su paciencia, exclama continuamente: ¡Oh tú, querido de mi corazón! manifiéstame el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos.

Pero como las ilusiones de los sentidos mezclan siempre con la fe de las almas mas puras mil conexiones inevitables, que dividen su amor acá en la tierra, que entibian en ellas el deseo de los bienes eternos, y hacen, segun el apóstol, que aunque desean sinceramente ser revestidas de la inmortalidad, quisieran no ser despojadas de la mortalidad que aun aman: *Nolumus expoliari, sed supervestiri.*¹ Se puede decir que esta disposicion de despego universal de la vida y de todas las criaturas, esta tristeza por lo largo de este destierro, esta alegría y este júbilo á vista de la muerte y de la feliz libertad, solo ha sido perfecta en María, y que ella sola en este dia, consagrado por la Iglesia á su salida del mundo y á su exaltacion en el cielo, tiene derecho como verdadera Esposa para usar de este estilo del amor: ¡Oh tú, querido de mi corazón! dime dónde está el lugar de tu descanso y de tus pastos eternos.

Las amarguras y abatimientos de su vida mortal hallan hoy en su muerte y en su feliz asuncion su consuelo y su gloria. A ejemplo de su amado Hijo, habia sido para ella la tierra un lugar de oprobios y trabajos. Hija de dolor, degradada de todos sus títulos, ignorados todos sus dones, confundida con las demás madres de Judá, era, por último, justo que la gloria de su Hijo se reparase en su persona, y que siempre semejante á él, enmendasen las maravillas de su muerte la oscuridad de su vida.

Hoy, pues, intento manifestar los consuelos y la gloria de la muerte de María, en los que se encierra todo el mis-

1 2. Cor. 5. v. 4.

terio que propone la Iglesia á la piedad de los fieles. Los consuelos de su muerte, que compensan las amarguras interiores que en todo el tiempo de su vida habian afligido su alma santa; la gloria de su muerte, que repara los abatimientos que la acompañaron siempre en la tierra. Este es el asunto de mi discurso. Necesito de su intercesion, para alcanzar las luces del Espíritu Santo. *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Puede decirse que María habia experimentado tres géneros de amarguras durante su vida mortal, y que éstos habian sido como los tres dardos que atravesaron su corazón y consumaron el sacrificio de sus dolores y penas. Una amargura de desamparo, una amargura de celo y una amargura de deseo, y á estas tres amarguras corresponden tres consuelos en su muerte, que nos manifiestan la primera circunstancia de este misterio. Consuelo de fuerza y de valor, consuelo de paz y de alegría, consuelo de posesion y gozo. Vamos por menor y estadme atentos.

Llamo, en primer lugar, amargura de desamparo á la que experimentó María en la indiferencia y rigores aparentes con que Jesucristo parece que habia siempre pagado su ternura y sus mas santas ansias. En ninguna parte vemos que la distinguiese con los respetos y tiernas atenciones que parece pedia la autoridad que sobre él tenia y el amor que el Señor la profesaba; escondido en el templo á la edad de doce años, parece que reprueba la inquietud con que se hallaba la Señora por el temor de haberle perdido. En vez de manifestarse conmovido de los sustos y cuidados de su amor, solo la habla del Padre que está en el cielo, como si se hubiera olvidado de que tenia Madre

en la tierra. En las bodas de Caná, temiendo al parecer que María le usurpase en el espíritu de los convidados alguna parte de la gloria del prodigio que iba á obrar, declara que nada tiene de comun con ella y que solo su Padre es quien le señala los tiempos y momentos en que debe manifestarse con milagros, como que de él solo ha recibido el poder para hacerlos. Si las mujeres de Jerusalem llaman feliz al vientre en que estuvo encerrado, parece quita á María una alabanza que la habia dado el mismo ángel, y las declara que solo son felices en la tierra los que observan la ley de Dios. Si en otra ocasion le acuerdan que su Madre y parientes le esperan con impaciencia, responde que no conoce mas madre ni mas parientes que los que hacen la voluntad de su Padre que está en los cielos; finalmente, en todas partes parece haberse olvidado de ella, y siempre que los evangelistas la nombran en la historia de su Hijo, es para referirnos algun aparente rigor de Jesucristo para con ella.

Esta fué la conducta de Dios con esta santa hija de Judá. Probada siempre con desamparos y rigores por parte de Jesucristo, guiada siempre por caminos ásperos y rigurosos, habia de servir de modelo y consuelo á las almas á quienes Dios prueba, á las que nunca deja gustar ni un solo vislumbre de consuelo en la observancia de sus mandamientos, y á quienes entrega á todos los disgustos y sequedades de una virtud triste y amarga; habia de enseñarlas que este camino de desamparo, tan penoso al gusto de los sentidos y de la naturaleza, tiene sus méritos y sus utilidades á los ojos de la fe, que este es regularmente el camino de las almas justas y perfectas, que los gustos sensibles por lo comun, mas son apoyo de la flaqueza que frutos de la virtud; que sola la fe de las promesas debe mante-

ner á una alma fiel; que el seguir á Jesucristo solamente por el atractivo de los consuelos unidos á su yugo, es buscarse á sí mismo. Que el carácter de la fe es esperar, suspirar y padecer; que el tiempo de la vida presente es el tiempo de las privaciones y no de los consuelos. Que el Señor acá en la tierra es un Dios oculto, que cuanto mas quiere unir á sí á una alma por medio de una fe viva y fervorosa, mas la priva de consuelos humanos, para que se le haga mas insufrible este destierro y para avivar mas cada dia en ella el deseo de aquella patria inmortal, en donde llenos del Dios que nos hará felices, no podrán nuestros corazones gustar mas que de este bien inefable, y en donde la verdad vista claramente, parecerá siempre amable, porque siempre la veremos como es en sí.

Y á la verdad, el estado de la fe en que vivimos no consiste solamente en la sumision del espíritu á las verdades que aun no se nos manifiestan con luces claras y evidentes, sino tambien en la adherencia del corazon á los bienes invisibles y eternos, cuya hermosura no se nos deja aún conocer con gustos y deleites sensibles. La fe, pues, encierra en sí dos privaciones esenciales, una de luz, otra de deleite; es preciso poder creer lo que no se ve, y amar, por decirlo así, lo que aun no conocemos. El estado de la patria consiste en ver siempre la verdad y en conocer siempre que es amable; pero es necesario merecer este feliz estado, sacrificando continuamente nuestras propias luces á las luces y á las verdades que no vemos, y los deleites sensibles que nos rodean, á los placeres invisibles y dignos del corazon que aun no conocemos.

No quiero decir que el Señor no adelante algunas veces á algunas almas justas y privilegiadas aquellos inefables dones que le están preparados en el cielo. Hay algunas

á quienes favorece con luces extraordinarias, y á las que revela, como á Pablo, secretos y misterios que casi no es permitido al hombre el publicar. Hay otras sobre las cuales derrama abundantemente aquellos placeres secretos é inexplicables de que jamás ha gustado el corazón del hombre, y que no pudiendo sufrir la plenitud del Dios de todo consuelo que los llena, se ven obligados á pedirle que suspenda la abundancia de sus dones ó que los modere. Pero estos favores salen del comun camino de la fe, y aun debe temerse en ellos la ilusion; en nuestro siglo y en los pasados tenemos bien tristes ejemplos de esta verdad. Las singularidades de la piedad degeneran muchas veces en fanatismo. No todo espíritu es de Dios; muchas veces estas luces extraordinarias que creemos venir del cielo son relámpagos engañosos, producidos de una imaginacion recalcada y engañada, y consagrados por una vanidad oculta, y las Priscias nos han enseñado á desconfiar de un camino que bajo el pretexto de conducirnos á la perfeccion, nos guia al precipicio. Muchas veces los gustos sensibles y abundantes que creemos ser frutos de la gracia, son sentimientos humanos, excitados por una natural ternura, que lisonjean al apetito sin corregir la virtud, y cuando uno cree estar lleno de Dios, está lleno de sí mismo. El camino de las privaciones es siempre el mas seguro, porque es el mas conforme al estado ordinario de la fe; por eso en vez de desanimarnos con los disgustos que experimentamos en los caminos de Dios, y de persuadirnos á que no le agradan nuestros respetos, porque no hallamos nosotros mismos ningun deleite en ellos, debemos confiar mas en que cuanto mas nos cuestan las obligaciones que le tributamos, mas meritorias son en su presencia, y que los mismos disgustos que ocasionan la pena y la tristeza de nuestra

virtud, son al mismo tiempo su seguridad y excelencia.

Estos son los desamparos que experimentó María en la tierra; era, pues, justo que la presencia de Jesucristo fuese el primer consuelo de su muerte; que asistiese el Señor á este último combate; que viniese á confortarla en esta última hora; que ella hiciese entre sus brazos el sacrificio de su vida; que él mismo fuese su ángel consolador, y que se diese tanta mas prisa á manifestarse á esta alma, impaciente de reunirse á él, cuanto mas habia manifestado negarse y ocultarse á ella, por decirlo así, en la tierra.

La segunda amargura que advierto en la vida de la Santísima Virgen, es una amargura de celo. ¡Con qué dolor no miraba la inutilidad de los prodigios, de las instrucciones y de todo el ministerio de Jesucristo en Judea, las asechanzas que los escribas y fariseos ponian á su inocencia, la desercion de sus discípulos, su muerte ignominiosa y cruel, la ingratitud y obstinacion de un pueblo que le arrojaba de sí, todas las promesas hechas á sus padres, todos los cuidados que en otro tiempo habia tenido el Señor de Jerusalem, finalizados con su reprobacion y su pérdida! La desgracia de sus hermanos segun la carne era su ocupacion mas triste y mas comun; ofrecia continuamente por ellos las virtudes de sus antepasados, de Abraham, de David, de los profetas, para aplacar la ira de Dios y mitigar con la memoria de estos hombres fieles los delitos de sus descendientes. Por eso todo el Evangelio nos la representa recogida, ocupada en las desgracias de Jerusalem y en la indignacion que el Señor iba á explicar sobre esta ciudad infiel.

Era preciso que enseñase á las almas justas y á las que un santo retiro defiende de los peligros del mundo, á ocuparse continuamente al pié de los altares en los males

y necesidades de la Iglesia; en gemir por los escándalos que la afrentan, y en solicitar las gracias del cielo para sus hermanos segun la carne, que se dejan arrebatarse del torrente de los deleites y de las tentaciones, y viven en un entero olvido de las cosas del cielo.

Este fué uno de los principales motivos que determinó al santo fundador de las fervorosas vírgenes que me oyen,¹ á edificar estos piadosos asilos, en donde hoy derraman con tanta edificacion sobre toda la Iglesia el buen olor de Jesucristo; quiso juntar bajo las mismas leyes de la caridad y de la abnegacion religiosa unas almas inocentes, que escondidas en lo interior del santuario puedan gemir como la paloma por los males que afligen á la Iglesia; pedir todos los dias al Señor pastores vigilantes que la gobiernen, doctores ilustrados que la defiendan, sacerdotes irrepreensibles y celosos que la edifiquen, príncipes religiosos que la protejan y dilaten; pedir la extirpacion de los cismas y errores, el triunfo de la verdad, que cesen las contiendas y turbaciones, el establecimiento de la paz y de la caridad, pedir luces y poderosos auxilios para los ministros de la divina palabra, que están encargados de la obra de Dios, y que trabajan en llamar á los pecadores de sus extraviados caminos; y finalmente, ser con el Señor medianeras continuas por los fieles, alivio de los males de la Iglesia, víctimas de los pecados ajenos, y tomar sobre sí mismas, en las lágrimas y mortificaciones de su retiro, las iniquidades de sus hermanos. Este celo de la gloria de Dios, del progreso de la fe y de la piedad; este deseo de la conversion de los pecadores y del aumento del reino de Jesucristo en

¹ Las religiosas de la Visitacion de Chayllat, donde estaba la reina de Inglaterra.

la tierra, es como el alma y carácter particular de este santo instituto; otras se entregan á los santos rigores y á las maceraciones continuas de la penitencia; estas están consagradas á los gemidos de la oracion y á las santas amarguras del celo y de la caridad.

Esta amargura de celo y de dolor fué la que ocupó el corazón de María en todos los estados de su vida mortal; en nada tenia su propia gloria, su elevacion de gracia, de luz y de dignidad, mientras veia blasfemado el nombre de su Hijo por su propio pueblo, despreciado su ministerio, tenidos por impostura sus prodigios, perseguidos sus discípulos, y que Israel parecia sin remedio: porque el amor, cuando es perfecto, se mueve menos por sus propios intereses que por los del objeto amado. Vírgenes santas, bien conoceis por estas señas el ardiente celo de la piadosa princesa¹ que aquí os anima con su ejemplo; el desorden é incredulidad de sus pueblos la mueven mas que su rebelion; mas llora por la pérdida de su fe que por la de su corona.

Era, pues, preciso que el celo de amargura y de dolor que habia llenado todo el curso de la vida de la Virgen, se mudase al tiempo de su muerte en un consuelo de paz y de alegría. Entonces, disipadas ya las nubes de su mortalidad y entrando su alma santa en la luz inaccesible de los consejos de Dios, ve claramente las razones profundas y adorables de la sabiduría divina en orden á los sucesos de su vida, que tanto habian contristado su celo y su tierno amor; ve la utilidad que habia de resultar á los hombres de los oprobios de su Hijo y de la obstinacion de los judíos; los grandes bienes que la Iglesia habia de sacar del aborrecimiento de éstos a Jesucristo, el infinito número de már-

¹ La reina de Inglaterra.